

Restituido así el imperio á la unidad de creencia, tenía necesidad de una administración vigorosa y uniforme. Habían concedido los Arsácidas hereditariamente á sus hijos y hermanos las provincias y los empleos más importantes del reino. Llevaban el título de rey los dieciocho sátrapas principales (*vitasi*). Casi independientes quedaban los bárbaros en sus montañas, así como la mayor parte de las ciudades griegas del Asia superior, de modo que el imperio de los partos era más bien un sistema feudal que una monarquía.

A fin de abolir este sistema recorrió Artaxar las provincias al frente de un ejército poderoso, obligando á todos á rendirle homenaje, consolidando su autoridad donde quiera, de modo que desde entonces ya nadie se interpuso entre su persona y el pueblo. Así se vió único soberano de cuantos moraban entre el Éufrates, el Tigris, el Araxo, el Oxo, el Indo, el mar Caspio y el golfo Pérsico. También promulgó un código que duró tanto como la monarquía, á fin de asegurar al país una administración ilustrada y uniforme. *La autoridad de un príncipe*, decía aquel habil conquistador, *debe ser protegida por la fuerza militar: ésta no se sostiene sino con los impuestos: los impuestos pesan en último resultado sobre la agricultura; y ésta no puede prosperar sino donde la protegen la moderación y la justicia.*

Haciendo la guerra habían perdido los persas el fogoso ímpetu de un pueblo bárbaro, sin haberse perfeccionado en la estrategia de los griegos y de los romanos, y sin haber aprendido á atacar ni á defender las plazas fuertes. Se reducía la infantería á un tropel reunido un momento con la esperanza del botín, y supliendo con el número al valor y á la disciplina. Mujeres, eunucos, caballos, camellos, embarazaban las marchas y consumían víveres y forrajes. Pero la caballería era, como es actualmente, la más bella y mejor ejercitada del Oriente: componíase de la nobleza, que desde la niñez se habituaba á disparar el arco, á la templanza, á la sumisión, y recibía del rey los señoríos á cargo del servicio militar: así acudían todos desde el momento en que se les llamaba, y era terrible su primera acometida.

Con esta organización militar se mostró Artaxar amenazador para sus vecinos. No sólo quiso repelelos de las fronteras á su antojo, sino que también se propuso conquistar todo lo que había poseído Ciro, de quien pretendía ser sucesor. Sin miramientos á Alejandro Severo, cruzó el Éufrates y sujetó á muchas provincias contiguas (232). Entonces envió al emperador que se adelantaba con sus tropas, cuatrocientos hombres de los más ro-

bustos, quienes le hablaron de este modo: *El rey de reyes manda á los romanos y á su caudillo evacuar la Siria y el Asia Menor, y restituir á los persas el país aquende el mar Egeo y el Ponto, poseídos por sus mayores.*

Por benigno que fuera Alejandro se irritó de tanta arrogancia, y habiendo mandado despojar á aquellos enviados de sus galas todas, los confinó á la Frigia; entrando enseguida en la Mesopotamia, la recuperó sin descargar un solo golpe (233). Acudió Artaxar con ciento veinte mil caballos, diez mil hombres de infantería pesada, mil ochocientos carros de guerra y setecientos elefantes: no por eso dejó de ser derrotado. Alejandro dividió su ejército en tres cuerpos, que invadieron la Partia por diferentes puntos: este ataque bien combinado hubiera podido derrocar el poderío de los persas, si el ejército no se hubiera negado á avanzar, asesinando á sus oficiales. De vuelta en Roma, Alejandro (23 de septiembre de 234), hizo al Senado un brillante relato de sus proezas, y triunfó sobre un carro tirado por cuatro elefantes; fué honrado con los sobrenombres de Pártico y de Pérsico; pero quedó la victoria por Artaxar, quien tornó á apoderarse de todas las conquistas de los romanos, y consolidó en quince años de reinado su poder naciente, hasta el punto de hacerse amenazador para la existencia del imperio de Roma.

Guerra con los germanos.—Preparábase Alejandro á emprender de nuevo las hostilidades, cuando desistió de su propósito á consecuencia de haber pasado los germanos el Rhin y el Danubio (19 de marzo de 235). Acudiendo, pues, al Rhin los repelió mas allá de este río: pero fué detenido, no tanto por la timidez que le atribuye Herodiano, como por el desorden de sus tropas, que negándose á la fatiga y enemigas de toda disciplina, se irritaban de la rigidez conque castigaba las más leves faltas; además se indignaban de oír á los heraldos repetir de continuo durante las marchas su máxima favorita: *Proceded como queráis que procedan con vosotros.*

El godo Maximino, que mandaba un cuerpo de panonios, no se iba á la mano en anécdotas y chistes referentes á aquel emperador sirio, quien no obraba, según su dicho, sino con arreglo al capricho del Senado y de su madre: se hizo parciales, y acometió á Alejandro en Siclingen, cerca de Maguncia, donde le asesinó juntamente con Mamea, cuando aun no tenía más que veintiseis años. Mataron los soldados á sus asesinos, á excepción de su jefe. Pueblo y senadores lloraron al joven Alejandro tanto como merecía, y el día de su nacimiento fué celebrado con un fiesta anual.

CAPÍTULO XXIII

DESDE MAXIMINO Á CLAUDIO II

Cuando á la vuelta de Oriente solemnizó el emperador Severo en la Tracia el nacimiento de su hijo Geta con juegos militares, se le presentó un mozo robusto implorando en bárbaro idioma tomar parte en la lucha. Su apostura anunciaba una enorme fuerza: á fin de que el bárbaro no triunfara de un soldado romano, se le opusieron los esclavos más robustos del campamento; pero derribó á tierra á dieciseis, uno tras otro. Obtuvo por recompensa algunos insignificantes regalos; y habiendo sido alistado, divirtió al día siguiente á los soldados haciendo piruetas á estilo de su país. Como se apercibiera de haber llamado la atención de Severo, se puso á seguir á su caballo durante una larga carrera, sin dar señales de la más leve fatiga. Una vez llegado, el emperador quiso experimentar su fuerza, y le propuso una lucha: aceptó el bárbaro y venció á siete soldados vigorosos. Severo le obsequió con un collar de oro, y mandó que le inscribieran entre sus guardias con doble sueldo, porque lo que se daba comunmente no bastaba para su subsistencia.

Este coloso se llamaba Maximino; había nacido en Tracia de un padre godo y de una madre alana. Tenía ocho pies de estatura, y con su nervudo brazo arrastraba en pos de sí un carro, que no bastaba á poner en movimiento un par de bueyes: arrancaba los árboles de cuajo, rompía de un puntapié la pata de un caballo, comía cuarenta libras de carne, y bebía en un solo día veinticuatro pintas de vino por lo menos; entre sus dedos reducía á polvo los pedernales.

Con el trato de los hombres reconoció este gigante la necesidad de refrenar su feroz índole, y supo mantenerse en el favor bajo diferentes emperadores. Alejandro le nombró tribuno de la legión cuarta: luego, como hacía que se observara bien la disciplina, le dió un mando superior, ingresó en el

Senado, y aún se proponía entregar en matrimonio á un hijo del bárbaro su propia hermana: llamábase Julio Vero, dotado de no menos soberbia que gallardía y de tanto vigor como denuedo.

En vez de encadenar á Maximino tantas mercedes, le inspiraron el pensamiento de atreverse á todo, en ocasión en que todo lo podía la fuerza. En su consecuencia urdió la muerte de Alejandro, y proclamado emperador al punto, se asoció su hijo, á quien los soldados besaron no solo las manos, sino también los pies y las rodillas. Confirmó el Senado lo que no podía deshacer, y al punto comenzaron las venganzas y las crueldades. A semejanza de los que salidos de las últimas filas alcanzan una alta fortuna, tenía Maximino el menosprecio y las comparaciones. A sus ojos eran dos crímenes un nacimiento ilustre ó un mérito reconocido; también era delito haberse reído de su persona y haberle socorrido en su pobreza.

Acusado Magno, personaje consular, de querer romper el puente que había echado sobre el Rhin, á fin de dejarle á la otra orilla en poder de los bárbaros, fué degollado, sin formación de proceso, con cuatro mil presuntos cómplices, todos personas importantes. A la más leve sospecha, gobernadores, generales, individuos consulares, eran encadenados, metidos en carros y llevados á presencia del emperador, quien no contento con la confiscación y la muerte, hacía que fueran abandonados á las fieras, ó cosidos á pieles de animales recién muertos, ó apaleados mientras les quedaba un soplo de vida. Ni su rigor contra los cristianos pudo saciar su ferocidad (236).

No menos avariento que bárbaro confiscó todas las rentas que cada ciudad tenía de reserva para las distribuciones y las públicas fiestas; despojó los templos, acuñó moneda con las estatuas de los héroes y de los dioses: fué la indignación general, y

aún hubo levantamientos en ciertos puntos. Así, habiendo sido despojados en Africa de todos sus bienes algunos jóvenes ricos por un procurador avariento, armaron á los esclavos y á los paisanos, mataron al magistrado y proclamaron emperador á Marco Antonio Gordiano, procónsul de la provincia (abril 237).

Gordiano.—Este senador, bienhechor y opulento, que descendía de los Gracos y de Trajano, ocupaba en Roma el palacio de Pompeyo, ornado de trofeos y de pinturas: en el camino de Preneste poseía una casa de recreo de vasta extensión con tres salones de cien pies de longitud cada uno de ellos, y un pórtico sostenido por doscientas columnas de los cuatro mármoles más estimados. En los juegos que daba al pueblo nunca permitía que se presentaran menos de ciento cincuenta parejas de gladiadores: á veces llegó su número á quinientas. En un mismo día hizo que se mataran cien caballos sicilianos y otros tantos de la Capadocia, mil osos, é infinito número de animales de menor valor. Mientras fué edil reprodujo todos los meses juegos de esta clase, y cuando fué cónsul los hizo extensivos á las principales ciudades de Italia.

Toda su ambición se reducía á esto; y por lo demás, apacible hasta el punto de no excitar la envidia de los tiranos, cultivaba las letras y celebró en treinta libros las virtudes de los Antoninos. Casi era octogenario cuando fué llamado al imperio. Después de haber empleado sin fruto lágrimas y ruegos, vió que no podía libertarse, ora de los soldados que le asediaban, ora de Maximino. A ascender á emperador aceptó y estableció su residencia en Cartago. Su hijo, que tenía veintidos concubinas y había reunido sesentidos mil volúmenes de autores diversos, fué proclamado emperador en su compañía, y se sirvió de los libros para escribir por sí mismo: algunas de sus obras han llegado hasta nosotros. De cada una de sus concubinas tuvo tres ó cuatro hijos.

Al avisar de su elección al Senado, protestaban los nuevos emperadores que se hallaban prontos á deponer la púrpura, si tal era su voluntad: ordenaron que no se publicaran sus decretos interin no tuvieran el asentimiento del Senado: llamaron á los desterrados, hicieron generosas promesas á los soldados y al pueblo, é invitaron á sus amigos á libertarse del tirano. Triunfó la resolución del cónsul de la incertidumbre del Senado, quien declaró enemigos públicos á los Maximinos y á sus parciales, prometiendo galardonar al que les diera muerte. Entonces se propagó la rebelión en toda la Italia, donde se manchó con demasiada sangre. Después de haber permitido que le envileciera un grosero tracio, cobró el Senado dignidad y energía: hizo preparativos de defensa y de guerra, invitando por medio de diputados á los gobernadores á acudir en socorro de la patria (238).

Muerte de los Gordianos.—Donde quiera hallaban benévola acogida los mensajeros; pero habiendo juntado todas sus fuerzas Capeliano, gobernador

de la Mauritania y enemigo particular de Gordiano, atacó á los nuevos emperadores en Cartago: pereció el hijo en la pelea, y á la noticia de su muerte se ahorcó el padre después de haber reinado treinta y seis días escasos. Cartago fué tomada, y hartaron torrentes de sangre la venganza de Maximino.

A las primeras noticias de la rebelión había montado en cólera el salvaje emperador como una fiera, arrastrándose por los suelos, y golpeándose la cabeza contra las paredes; arrojándose enseñuado sobre los que estaban en su alrededor los atravesó con la espada hasta que se la arrancaron á viva fuerza. Sin dilación se puso en camino para Italia. Anunció un perdón absoluto; pero ¿quién podía fiar en su promesa?

Máximo y Balbino.—La desesperación inspiró al Senado un denuedo que rechazaba el buen sentido. Habiéndose reunido en el templo de la Concordia nombró emperadores á dos senadores ancianos, Máximo Pupieno y Celio Balbino, uno para administrar la ciudad y otro para dirigir la guerra. Aquel era hijo de un carpintero, sobrado inculto, si bien valeroso y sensato, que de grado en grado había ascendido á los primeros puestos y á la prefectura de Roma. Sus victorias contra los sármatas y germanos, los austeros hábitos de su vida, que no excluían por cierto la humanidad, le habían valido el respeto del pueblo. Balbino, orador y poeta de fama, gobernador íntegro de muchas provincias, era generalmente amado, era también sumamente rico, liberal y amigo de placeres sin exceso.

Pero mientras ambos ofrecían en el Capitolio los primeros sacrificios, se amotina el pueblo y pretende hacer una elección por sí solo; pide que se le agregue un sobrino de Gordiano, mancebo de trece años: admiten al César, y aplacado el tumulto piensan en consolidarse.

Maximino á la cabeza del ejército, con que había vencido muchas veces á los germanos y proyectaba extender los límites del imperio hasta el mar del Norte, se adelantaba furioso hacia Italia que no había visto después de su advenimiento. Al bajar los Alpes Julianos halló el país desierto, consumidas las provisiones, cortados los puentes, siendo la intención del Senado agotar sus fuerzas bajo los muros de las plazas, que había puesto en estado de defensa lo mejor que pudo. Primeramente le detuvo Aquilea, la que rechazó sus asaltos con heroica bravura en la confianza de que el dios Beleno peleaba dentro de sus murallas. Si Maximino hubiera dejado detrás de sí esta ciudad y marchado en derechura á Roma ¿qué fuerzas hubiera podido oponerle Pupieno llegado hasta Rávena para hacerle frente? ¿De qué hubiera servido la habilidad política de Balbino contra las sediciones interiores?

Muerte de Maximino, 238.—Pero las tropas de Maximino empezaron á murmurar viendo el país devastado y una resistencia impensada: les castigó

con rigor extremado. Por último, los pretorianos que temblaban por la vida de sus mujeres é hijos, abandonados en el campamento de Alba, asesinaron al tirano con su hijo y sus más fervorosos parciales (7 de marzo).

Al aspecto de sus cabezas separadas del trono se abrieron las puertas de Aquilea: abrázense sitiados y sitiadores, arrebatados de júbilo por haber recuperado la libertad. En Rávena, en Roma, en todas partes, se encuentran la ventura, la embriaguez, las acciones de gracias á los dioses en proporción del terror inspirado por los que ya no existen, y las esperanzas á que dan nacimiento los nuevos soberanos. Suprimieron ó moderaron los impuestos introducidos por Maximino, restablecieron la disciplina, publicaron leyes oportunas con el asentimiento del Senado, y procuraron cicatrizar las llagas que manaban sangre. Preguntando Máximo á Balbino: *¿Qué recompensa debemos aguardar por haber librado á Roma de semejante monstruo?* le respondió Balbino de este modo: *El amor del Senado, del pueblo y de todos.* Pero más avisado el otro, repuso: *Más bien será el odio de los soldados y su venganza.*

Y lo adivinó. Aún duraba la guerra, cuando el pueblo y los pretorianos se habían sublevado, inundando las calles de sangre, prendiendo fuego á los almacenes y á las tiendas. Quedó aplacado el tumulto, no extinguido; de tal modo que para salir á la calle se proveían de un puñal los senadores, y acechaban los pretorianos una ocasión para vengarse. Todos se reían igualmente de los débiles diques que oponían los emperadores al torrente de las facciones. Aumentóse aún más la fermentación de los ánimos cuando la totalidad de los pretorianos se reunió en Roma. Estremeciábase y no sin motivo al recapacitar como todos los emperadores elegidos por ellos habían sido asesinados, y no podían tolerar que gobernasen el imperio hechuras del Senado, con la pretensión de poner en vigor las leyes y la disciplina.

Gordiano III.—De los pensamientos y de las palabras llegan muy pronto á vías de hechos; asaltan el palacio, asesinan á los dos emperadores, y llevan al campamento al joven Gordiano III proclamándolo único señor.

Con efecto, este niño parecía haber nacido para reconciliar los corazones más rebeldes: hermoso y lleno de dulzura, era vástago de aquellos dos emperadores antes de haber podido malearse. Querido por el Senado, que le llamaba su hijo, veían en él los soldados su propia hechura, y la muchedumbre le amaba más que á ninguno de sus predecesores. Misiteo, su maestro de retórica, después su suegro y capitán de sus guardias, alejó á los intrigantes que habían usurpado la confianza del soberano, obtúvola en su lugar, merced á la influencia que tenía sobre su discípulo, y supo hacerse digno de ella por su probidad y su mérito, así en la paz como en la guerra.

Habían roto los persas las hostilidades bajo el

HIST. UNIV.

mando de Sapor (1), sucesor de Artaxar, conquistando la Mesopotamia, apoderándose de Nisibe y Carres y asolando la Siria (242). Habiéndose adelantando contra ellos Gordiano derrotó en la Mesia á los godos y á los sármatas que le interceptaban el paso, y aunque le hicieron sufrir un revés los alanos en los célebres campos de Filipos, prosiguió su marcha; repeliendo después á los persas mereció los honores del triunfo, que le fueron otorgados como también á Misiteo.

Filipo.—Pero este último murió al poco tiempo, y el mando de los pretorianos fué confiado á Marco Julio Filippo (244) que, no contento con aquel puesto elevado, tramó entre los soldados tales intrigas, que obligó á Gordiano á reconocerle por colega suyo (10 de marzo); enseguida depuso á su bienhechor, y acabó por asesinarle en Zeit á orillas del Éufrates.

Filipo era árabe, hijo de un jefe de caravana, nacido en Bosra de la Idumea, y se ha dicho que fué cristiano, contra lo cual deponen sus obras (245). Hizo un convenio con Sapor y regresó á Antioquia, donde queriendo asistir á las solemnidades de Pascua, le declaró indigno de ello el obispo Babila hasta que sufriese la penitencia (247). Llegado á Roma se ganó el afecto del pueblo por su dulzura, domeñó á los carpos que habían invadido la Misia y celebró el milésimo aniversario de la fundación de Roma, con juegos en que lucharon dos mil gladiadores, treinta elefantes, diez osos, sesenta leones, un caballo marino, un rinoceronte, diez leones blancos, diez girafas, diez asnos y cuarenta caballos salvajes, sin contar los animales menores. No podían menos de ser sangrientas las fiestas de la gran ciudad.

Entretanto surgían de todas partes nuevos emperadores: entre todos fué el más venturoso Cneo Decio de Sirmio, gobernador de la Mesia y de la Panonia. Filippo marchaba en contra suya cuando fué asesinado en Verona, después de un reinado de cinco años.

Decio.—Había dejado que se propagara la religión cristiana, contra la cual siguió opuesta conducta Decio, promulgando los más severos edictos (250). Todo el que la profesaba fué despojado de su hacienda y arrastrado al suplicio.

7.^a persecución contra los cristianos.—Entonces se renovaron los horrores de las proscripciones: hermanos vendieron á hermanos, hijos á padres, y los que podían libertarse de tanto furor, se refugiaban á las selvas y á los lugares desiertos.

Decio se sentía impulsado á proceder de este modo por amor á la antigua disciplina, que aspiraba á resucitar por todos los medios. Atribuyendo á la corrupción las vicisitudes del imperio, había pensado en restablecer la censura, institución añeja y ya imposible; porque en ese caso hubiera sido preciso extender la inspección á todo el mun-

(1) *Schah-pour*, hijo de rey.

do civilizado, y apelar de la depravación del ejército ante un juez inerme. Como el emperador quiso que el Senado eligiera un censor á pesar de todo, fué proclamado por unanimidad Valeriano, y al conferirle aquella dignidad le habló el emperador en esta forma:—«Dichoso por la aprobación universal, recibe la censura del género humano, y sé juez de nuestras costumbres. Escogerás á los que consideres dignos de tomar asiento en el Senado; restituirás á la orden ecuestre su antiguo brillo, aumentarás las rentas públicas y aliviarás las cargas. Dividirás por clases á la infinita muchedumbre de ciudadanos, y será de tu incumbencia cuanto concierne á las fuerzas, á las riquezas, á las virtudes y al poderío de Roma. La corte, el ejército, los jueces, los dignatarios del imperio son justiciables por tu tribunal, á excepción solo de los cónsules en ejercicio, del prefecto de la ciudad, del rey de los sacrificios, y de la primera de las vestales mientras conserve su virginidad.»

La ejecución de este proyecto, impracticable de todo punto, fué además interrumpido por los godos que invadieron la baja Mesia, y después la Tracia y la Macedonia (251). Victorioso unas veces el emperador por la fuerza, servido por la traición otras, los redujo á tal apuro, que ofrecieron devolver los prisioneros y el botín, bajo la única condición de permitirles la retirada; pero Decio, que anhelaba exterminarlos completamente, les cerró el paso por su desdicha, pues empeñándose una lid desesperada, murió en ella su hijo. Al verle caer exánime, exclamó Decio: *Solo hemos perdido un hombre, tan leve pérdida no debe inducirnos al desaliento*; y arrojándose á lo más recio de la pelea encontró allí la muerte.

Treboniano Galo.—Los restos del ejército disperso se incorporaron á las tropas de Treboniano Galo, enviado para cortar la retirada á los godos. Este, que tal vez era causa de la derrota sufrida, aparentó intenciones de vengarla, y se concilió así el ejército que le proclamó señor del imperio. Más apenas fué confirmada su elección por el Senado, celebró con los godos una paz vergonzosa, llegando hasta prometer un tributo. Se reservaba acreditar su valor persiguiendo á los cristianos.

Durante su reinado de año y medio desolaron muchas comarcas la peste y la sequía (252); los godos, los boranos, los carpos y los burgundios, hicieron una irrupción en la Mesia y la Panonia; los escitas devastaron el Asia; los persas ocuparon la Siria hasta Antioquía.

Emiliano.—Entonces el moro Emiliano, quemaba en la Mesia, ensoberbecido como vencedor de los bárbaros y desdeñando á Galo, que se ennegaba dentro de Roma en los placeres, hizo que le aclamaran emperador; y antes que el otro despertara de su letargo, penetra en Italia, le halla en Terni, y le ve asesinado con su hijo por sus propios soldados (23 de Mayo 253). Pero el ejército le asesina y se pone de acuerdo con el Senado y con las legiones de la Galia que habían aclamado á Licinio Valeriano.

Valeriano.—Una ilustre cuna, unida á la modestia y á la prudencia, inspiraba amor hacia Valeriano, que habiéndose preservado de los vicios de aquel tiempo, empleaba sus ocios en el cultivo de las letras. Adicto á los antiguos usos detestaba la tiranía; aparecía, pues, bajo todos conceptos digno del imperio, más luego que le hubo obtenido, dió muestras de ser débil para tan enorme carga. Para ayudarle á llevarla no supo escoger otro brazo más robusto que el de Galiano, su hijo, mozo vicioso y afeminado. A lo menos las medidas que adoptaba eran suaves y oportunas, como lo prueba su conducta cuando fué llamado á las armas por los germanos y los francos (2), que por el lado del Rhin invadían las Galias. Al mismo tiempo los godos y los carpos se derramaban por la Mesia, la Tracia y la Macedonia: cafan los escitas sobre el Euxino, avanzando hasta Calcedonia, Nicea y Apamea. Ya Sapor había ocupado toda la Armenia, sometido la Siria, y tomado á Antioquía. En aquella empresa había cedido al impulso y al consejo de un tal Ciríades, joven de una familia noble, aunque deshonrada, que fatigado de las reprensiones de su padre, después de haber robado considerables sumas de dinero, huyó al territorio de los persas donde tomó el título de Augusto.

Valeriano, vencedor de los godos, llegó demasiado tarde para contener los estragos de los escitas, que devastaban el país, retirándose aceleradamente; pero marchó contra Sapor, que le venció é hizo prisionero (259). Sobre toda ponderación envalentonado el rey de los reyes con aquel triunfo y con tan excelente presa, le condujo encadenado á través de las principales ciudades, poniendo el pie sobre su espalda para montar á caballo. Al morir el emperador después de muchos años de cautiverio, fué desollada y colgada su piel en un templo, quedando allí como perpétua memoria del baldón de los romanos. Tal es por lo menos el aserto de algunos historiadores: otros afirman por el contrario, que el rey victorioso no se mostró cruel con su prisionero, cuya mayor pesadumbre consistió en ver á su hijo regocijarse de un revés que anticipaba la hora de su reinado, en vez de procurar la inmediata libertad de su padre.

8.^a persecución contra los cristianos.—A los ojos de los cristianos fué este desastre un castigo de la persecución dirigida por el emperador contra los fieles, á instigación de Marciano, célebre mago procedente de Egipto, quien le persuadió de que jamás prosperaría el imperio mientras no se extinguiera un culto abominable para los dioses de la patria.

Treinta tiranos.—Al saber la noticia de la derrota de Valeriano, todos los enemigos de Roma se

(2) Esta es la vez primera que menciona la historia á los francos, pueblo ó confederación germánica que vivía entre el Océano, el Rhin y el Weser, es decir, en la Westfalia y en el Hesse.

precipitaron contra ella, cual si obraran de común acuerdo: devastan godos y escitas el Ponto y el Asia; se lanzan sobre la Retia alemanes y francos, y penetran hasta Rávena: ocupan cuados y sármatas la Dacia y la Panonia; otros invaden la España y se apoderan de Tarragona. Había despertado el peligro la energía de los senadores, quienes hicieron partir á los pretorianos que habían quedado de guarnición, agregándoles los plebeyos más robustos, lo cual determinó la retirada de los bárbaros.

Galiano.—Este acceso de bravura inspiró recelos á Galiano que había quedado solo al frente del gobierno, y temiendo por su propia persona las consecuencias de aquellos arrebatos belicosos, prohibió á los senadores todo empleo en la milicia, no permitiéndoles ni aun aproximarse al campamento de las legiones: aquellos á quienes habían enervado sus riquezas admitieron este veto como un favor.

Una vez rechazados los bárbaros de la Dacia y de Italia, Galiano procuró atraérselos contrayendo con ellos vínculos de parentesco, y se casó con la hija de Pipas, rey de los marcomanos, aunque la vanidad romana reputó siempre como profanos estos enlaces. Entonces hubo de acudir á la Iliria, donde derrotó y mató á Ingenuo que se había hecho proclamar emperador; luego para vengarse mandó que fueran pasados á cuchillo todos los habitantes de la Mesia, inocentes ó culpables (3). *No basta, escribía á Valeriano Celer, que haga morir á los que contra mí han esgrimido las armas, y hayan podido perecer en la refriega: quiero que en toda ciudad exterminen á mozos y ancianos, sin perdonar á uno solo, á todos los que me han querido mal ó me han tomado en boca injuriosamente, siendo como soy hijo, padre y hermano de príncipes. Mata y destroza sin piedad. Procede como procedería yo mismo, que te escribo de mi puño y letra* (4).

Regilo.—Iba á ser ejecutado este decreto dictado por el furor, cuando impelidos por la desesperación aquellos á quienes amenazaba, proclamaron emperador á Nonio Regilo (261). Dacio de origen y descendiente de Decéballo, que lidió contra Trajano, era tal su bravura, que Claudio (futuro emperador) le había escrito con motivo de sus victorias: *Hubo un tiempo en que se te hubiera concedido el triunfo: hoy te aconsejo que vendas con la mayor precaución, y no olvides que hay alguno á quien harán sombra tus laureles*. Este valor le encumbró al trono, mas no pudo mantenerse allí por largo tiempo, pues le asesinaron sus propios soldados (262).

Postumio.—Otro emperador había surgido en

(3) Véase en *Los Scriptores Historia Augusta*. TREBELIO POLIUS, *Valerianus, Gallieni duo, Triginta tyranni*; MANSO, *los Treinta Tiranos* (aleman), que siguen á su vida de Constantino.

(4) *Vida de los Treinta Tiranos*, cap. VIII.

las Galias (259); Casiano Postumio, de baja extracción, aunque excelente capitán, asedió en Colonia á Salonino, hijo de Galiano, le dió muerte, y recibió el homenaje de la Galia, de España y de Bretaña. En el curso de los siete años que se sostuvo, expulsó á los germanos de la primera de estas provincias, restableció la tranquilidad y mereció el general afecto.

Tantos disturbios interiores facilitaban á los persas la ocasión de destrozar á su antojo las provincias de Oriente. Habiendo penetrado Sapor en la Cilicia, saqueó á Tarso, ocupó á Cesárea, cuyos moradores pasó á cuchillo, declarando que quería pasar de una montaña á otra después de colmar con cadáveres el valle que las separaba (260). Cotidianamente hacía conducir á los prisioneros al abrevadero como un rebaño, y solo se les arrojaba el alimento necesario para prolongar sus padecimientos.

Balisto.—Entretanto Balisto, capitán de los pretorianos bajo Valeriano, reúne los restos del ejército de este príncipe, y osa hacer frente á los persas; supliendo al número con la rapidez y la táctica, liberta á Pompeyópolis en Cilicia, destroza á los persas en la Licaonia, hace muchos prisioneros, y se apodera de las mujeres de Sapor: retirándose luego antes de que le dé alcance este príncipe, llega con la velocidad del rayo á Sebastes y á Corisa de Cilicia, donde sorprende y mata á los invasores.

Odenato.—Tuvo además Sapor por adversario á Odenato de Palmira, chaique de una tribu de sarracenos, aguerrido desde la infancia por la caza y por los combates. Cuando vió que Sapor se había hecho formidable en virtud de su victoria sobre Valeriano, le dirigió palabras de sumisión y una larga hilera de camellos cargados de donativos no comunes. Parecióle al rey de reyes insolencia que osara escribirle un hombre sin nombre: rompió la carta, mandó echar sus regalos al río, y respondió que le enseñaría sus deberes con el exterminio de su persona y de todos los suyos, á menos que llegara á postrarse á sus plantas de hinojos con las manos atadas á la espalda.

Este ultraje hizo temblar de indignación al árabe, quien juró perecer ó humillar tanta soberbia. Declarándose, pues, en favor de los romanos, de quienes Palmira era entonces colonia, se unió á Balisto y le auxilió con toda su pujanza. Desconsolado Sapor por la pérdida de sus mujeres y temiendo mayores desastres, emprendió la retirada delante de aquellos dos audaces adversarios. Mas como pasara á través de la Eufrasiana y á corta distancia de Palmira, cae Odenato sobre la retaguardia y la aniquila completamente. Obligado á pasar el Éufrates en desorden, perdió mucha gente y se vió reducido á comprar á la guarnición romana de Edesa la facultad de retirarse sin ser inquietado, mediante todo el oro que llevaba consigo del saqueo de Siria (261).

Al penetrar en el año siguiente en Mesopotamia

recuperó Odenato á Nisibe y Carres, adelantándose después hacia el centro del imperio para libertar á Valeriano. Derrotó á Sapor en campal batalla y le puso en la necesidad de encerrarse con su familia en Ctesifonte. Entonces acudieron de todo el reino á defender la capital los magnates persas; pero Odenato les deshizo y quizá hubiera coronado un buen éxito sus esfuerzos, si las sediciones recientes en el corazón del imperio no hubieran hecho imposible toda grande empresa.

Palmira.—Nombrado por Galieno, en recompensa de sus señalados servicios, comandante general de todas las fuerzas romanas de Oriente, tomó Odenato el título de rey de Palmira (263). La historia de esta ciudad es un episodio oriental en medio de las invasiones de los bárbaros y de los sombríos horrores de los tiranos latinos. Hemos visto con cuanta oportunidad la había fundado Salomón en el desierto, á tres jornadas del Éufrates, para servir de punto de parada á las caravanas que iban desde Europa á la India. Floreció bajo los Seléucidas, y durante una larga paz se aumentaron su comercio y sus riquezas. Estrabón no la menciona siquiera; Plinio dice que era considerable por su situación, por la riqueza de su territorio y sus agradables riachuelos, y que aislada del mundo por el vasto desierto de que estaba rodeada, se había conservado independiente entre los partos y los romanos, deseosos á porfía de que tomara parte en sus intereses.

Mientras que Balisto y Odenato daban allí cima á sorprendentes empresas, se degradaba Galieno en medio de las más abyectas prostitutas. Su crueldad se ejercitaba, no contra los senadores, como la de los emperadores precedentes, sino contra los soldados, de los cuales hacía morir hasta tres ó cuatro mil cuotidianamente. Una vez le ocurrió el extravagante capricho de presentarse como triunfador, seguido de fingidos prisioneros disfrazados de godos, de sármatas, de francos y de persas. Algunos burlones se acercaron á estos últimos, y jocosos con poca oportunidad, se pusieron á examinarlos atentamente; como se les preguntara qué era lo que examinaban con tanto esmero, respondieron: *Buscamos al padre del emperador.* Galieno hizo que fueran quemados vivos; pero no se quemaron las palabras, y menos todavía la opinión. También se divertía en discutir con el filósofo Plotino, y se proponía confiarle una ciudad para que realizara la república de Platón en ella. Además componía hermosos versos y admirables arengas: sabía adornar un jardín y preparar con habilidad suma un opíparo banquete. Hacía que le iniciaran en los misterios de la Grecia, solicitaba un lugar en el Areópago de Atenas, y prodigaba en sus inmerecidos triunfos ó en el lujo de su corte, los tesoros que reclamaban la miseria general é inmensas calamidades. Por los negocios públicos no se tomaba interés ninguno. Se le participaba la muerte de su padre. *Sabía que era mortal,* responde. Se le anuncia la pérdida de Egipto: *Nos pasaremos sin sus*

telas; la ocupación de las Galias. ¿Perecerá Roma por ventura aunque le falten las sederías de Arras? El saqueo del Asia por los escitas. ¿No podremos bañarnos acaso sin salitre?

Esta indolencia suscitaba usurpadores por todas partes: son conocidos en la historia bajo el nombre de los *Treinta tiranos*, aun cuando el número no sea exacto. Pero, ¿cómo seguir sin confusión y sin fastidio á todos aquellos ambiciosos en su corta travesía desde el trono al sepulcro?

Ascendiendo por su valor á los primeros grados militares, Flavio Macriano se rebeló contra el hijo de Valeriano y se hizo proclamar emperador con ayuda de Balisto. Al saber esta noticia adoptó el mismo título Valerio Valente, procónsul en la Acaya: otro tanto hizo Calpurnio Pison enviado contra él. Este era el último vástago de una familia ilustre y un hombre dotado de grandes virtudes; pues el mismo Valente, sabedor de que había sido muerto, dijo: *¿Qué cuenta habrá de dar á los dioses infernales á consecuencia de la muerte de un hombre que no tenta igual en el imperio!* Decretó el Senado su apoteosis, diciendo que jamás había existido hombre mejor ni de más energía.

Habiéndose adelantado entonces Macriano contra Galieno fué derrotado en los confines de la Tracia y pereció en el combate (264). Entonces tomó el título de emperador Balisto en Émesa, dando muerte á todo el que tardaba á rendirle homenaje; pero un sicario de Galieno le arrancó la vida. Abrogóse aquel título un tal Sempronio Saturnino, cuyo país se ignora. Emiliano se hizo proclamar en Egipto: se ocupó en restablecer el orden en aquel país víctima de tantos trastornos, hasta el momento en que el egipcio Teodoto, enviado en contra suya por Galieno, le batió y habiéndole aprisionado, le hizo conducir á Roma, donde fué extrangulado en su calabozo, según la antigua costumbre. En el Asia Menor los isaurios proclamaron á Annio Trebeliano; habiendo sucumbido este en el campo de batalla, rehusaron someterse y devastaron el Asia Menor y la Siria hasta el tiempo de Constantino. Un tal Tito Cornelio Galo, proclamado Augusto en Africa, fué crucificado al cabo de siete días.

Casiano Postumio, que se había sostenido en las Galias, se asoció á Aurelio Victorino, y resistió á los repetidos ataques de Galieno: venció también á Lucio Eliano (266), que se había hecho emperador en Maguncia, pero no habiendo consentido que entraran á saco la ciudad sus soldados, fué asesinado con su hijo por ellos. Servilio Loliano, sucesor suyo, fué asesinado á instigación de Victorino, quien quedó por único dueño de las Galias, y fué degollado posteriormente por un esposo ultrajado. Había designado á su hijo para sucederle; más indignándose los galos de obedecer á un niño eligieron á Marco Aurelio Mario, armero de una fuerza y de una valentía á toda prueba, á quien tres días después atraviesa el corazón uno de sus obreros con una espada diciendo: *Tu eres el que la ha*

forjado. Reemplazáronle los soldados con Pesuvio Tétrico, senador y personaje consular, el cual quedó en posesión de la Calia, de la España y de la Bretaña (268). Estos príncipes efímeros y transitorios, eran elevados y destituidos por Victoria, madre de Victorino, que desplegaba contra Galieno varonil bravura y disponía de inmensas riquezas.

Odenato, que en galardón de haber conservado las provincias de Oriente, había sido asociado al imperio por Galieno, proseguía el curso de sus triunfos contra los persas. Asedió á Ctesifonte y aún quizá se apoderó de ella; pero en el momento en que corría á oponerse á las invasiones de los godos, fué asesinado en Émesa al cuarto año de su reinado. Colocándose Zenobia, su segunda esposa (cómplice tal vez del asesinato), al frente del gobierno en nombre de tres hijos de menor edad que le había dejado, tomó el título de reina de Oriente y las águilas imperiales, declarándose contra Galieno.

Obligado éste, bien á pesar suyo, á tener siempre las armas en la mano contra los enemigos de dentro y de fuera, tuvo que acudir á Italia. Su general en la Iliria, Acilio Aureolo, se había visto obligado por el ejército á admitir la púrpura; y pasando los Alpes había habido al ejército imperial, junto al Adda, entre Bérgamo y Milán. Después de echar sobre este río un puente, que todavía conserva su nombre (*Pons Aureoli*, Pontiroli), entró en Milán y fué allí sitiado por Galieno.

Muerte de Galieno.—Pero una conjuración puso término á la existencia de este príncipe (26 de marzo de 268) de edad de treinticinco años y al décimoquinto de su reinado. Al pronto quisieron vengarle los soldados, si bien se les apaciguó con dinero, y le trataron después de tirano: declaró el Senado enemigo de la patria, y despeñó desde lo alto de la roca Tarpeya á sus deudos y amigos, para defecarle al poco tiempo.

Verdaderamente la época de Galieno fué de las más deplorables de que ha conservado recuerdo la historia. De tal modo se hallaba agitado el Egipto, que apenas era posible comunicarse ni aún por cartas en Alejandría de un barrio á otro. Los más frívolos motivos, un saludo, un calzado producían sangrientas disputas. Sobrevinieron el hambre, la peste, cuyos estragos fueron tales, que se contaban en la ciudad menos personas desde catorce años hasta ochenta, que las que había comunmente desde cuarenta á setenta (5). Doce años duraron aquéllos desórdenes tumultuosos; por último el Bruchio, la parte más hermosa y fuerte de Alejandría, que encerraba en su recinto el palacio de

los reyes, el museo, la biblioteca, los arsenales, fué asediado por los romanos, á las ordenes del emperador Teodoto, y reducido á rendirse por hambre.

Entretanto los escitas, bajo cuyo nombre son designados á menudo los godos, talaban la Bitinia y destruían muchas ciudades. Recorrieron la Tracia, la Macedonia, y amenazaron la Grecia, que fortificó de nuevo las Termópilas, rodeó Atenas de murallas y cerró el istmo del Peloponeso. Habiendo atravesado los bárbaros el Helesponto y devastado gran número de ciudades y de monumentos de arte y de historia, saquearon el templo de Diana en Éfeso, que, sobreviviendo á siete destrucciones, estaba adornado con todos los tesoros de la opulencia asiática y del arte griego. Diversos monarcas le habían hecho el donativo de ciento veintisiete columnas de mármol jónico de cincuenta pies de altura; el altar, esculpido por mano de Praxiteles, representaba las acciones de Apolo y Baco. Ajenos los escitas á los terrores de la superstición y al respeto hacia lo bello, lo redujeron á cenizas.

Perdiéronse también todas las conquistas de Trajano en la Dacia. No pudieron defender los Pirineos á España. Los francos que penetraron en ella, la saquearon y pasaron de allí al Africa, después de haber destruido á Tarragona. En Sicilia, sublevados los esclavos y los labradores, renovaron los horrores de la guerra servil, con inmenso perjuicio de los senadores, que tenían en aquella isla sus principales propiedades.

Sería imposible describir en detalle todas las atrocidades cometidas por los invasores y por los que se defendían contra ellos. Galieno asedia á Bizancio y entra por capitulación en la ciudad: manda pasar á cuchillo á la guarnición y á los habitantes, de manera que según dice un autor (6), no quedó en la ciudad un solo hombre. Cada tirano que surgía debía prodigar oro á los soldados. ¿Y de dónde podían sacar este oro, sino del pueblo? Sucédanse sin fin las vejaciones y las crueldades, cortejo de todo gobierno nuevo; luego la rápida caída de los usurpadores envolvía en la misma ruina al ejército y á las provincias que se habían declarado por su causa. También se aliaban á veces aquellos soberanos de un día, para sostenerse contra sus competidores, con los bárbaros, cuyas incursiones eran favorecidas por aquellas continuas rivalidades. El hambre y la peste que ejercieron sus destrozos desde 250 á 265, ponían colmo á tantos males; y además terremotos, eclipses de sol, sordos mujidos subterráneos, acrecentaban el desaliento de los espantados pueblos. ¡Desdichados, desdichados!

(5) EUSEBIO, VII, 23. Parece que se inscribían en registros los nombres de los habitantes, y se hizo una distribución de trigo.

(6) POLIÃO, *Vida de Galieno*, pág. 179.